



Universidad de Chile

Facultad de filosofía y humanidades

# Autobiografía: infancia, memoria y olvido desde una perspectiva filosófica

Aída Fuentes Medina

Tesis para optar al grado de licenciada en filosofía

Profesora guía:

Olga Grau

Santiago de Chile, 2016

*A Bruno, por todo el amor*

*“Algunas cosas se pierden para siempre, otras quizá vuelvan a recordarse, y otras más se encuentran y se pierden una y otra vez. Es imposible estar seguro de nada”*

*Paul Auster.*

## Agradecimientos

A mí yo pasado, que apareció como un fantasma tenebroso pero conocido, que viene para quedarse y dio forma a mis inquietudes. A mí yo presente, por intentar volverme loca con sus dudas y preguntas, pero permanecer firme aun cuando las respuestas me rehúyen. A ese tipo de la librería en Buenos Aires que me recomendó un par de libros y me hizo un descuento. A los amigos y amigas que me han comentado sus propias infancias y sus propias memorias. A todos y todas esas personas que me preguntaron de qué trataba mi tesis y me contaron sus ideas e impresiones. A las personas, cuyos nombres ya no recuerdo, con quienes discutí de temas que están más allá de mis dominios, pero contribuyeron a las ideas aquí plasmadas. A mis compañeras y compañeros del seminario de grado, que hicieron de cada sesión una conversación agradable. A Olga, que alimentó mis sueños de filosofía dentro de una manoseada idea de academia filosófica, y apoyó este proyecto con entusiasmo y orden. A esos y esas profesoras del colegio y de la universidad que me muestran y contagian el amor por lo que hacen. A mi mamá, mi papá, y mi hermano, por toda la paciencia y el cariño. A mi abuela por las fotos y las horas conversadas. A Bruno, por ser marea alta, luna nueva, estrella fugaz, árbol que da sombra, flor de primavera y paisaje de otoño... Bruno, gracias por los abrazos, los besos, los llantos, los sueños, las caminatas, los días, las noches, las madrugadas, los pensamientos, las risas, las rabias, las rabietas, y el amor.

## ÍNDICE

Resumen.....	6
Introducción: Preguntarnos por el pasado y por la infancia.....	7
I. Entre memoria y olvido.....	12
i. i Memoria, recuerdo y percepción; aportes desde la filosofía de Bergson...	12
i. ii Los recuerdos de la memoria; aportes desde la filosofía de San Agustín..	15
i. iii El lugar sin memoria: la infancia olvidada y el buen olvido.....	18
II. Relatos desde el olvido y la memoria: autobiografía.....	23
ii. i La autobiografía como género literario.....	23
ii. ii Tensiones entre verdad y ficción.....	25
III. Representaciones autobiográficas de la infancia.....	31
iii. i La infancia perdida; San Agustín.....	32
iii. ii El presente del pasado; Coetzee.....	39
iii. iii El repaso vívido de la infancia. Simone de Beauvoir.....	45
4. Conclusiones.....	49
5. Bibliografía.....	51

La infancia, con el paso del tiempo, se vuelve un pasaje oscuro de nuestra vida. Nuestro principal aliado para llegar a ella, la memoria, nos suele fallar, y al mirar hacia atrás encontramos una vida con historias que no estamos seguros en que momento situar, o incluso a veces no estamos seguros de si las vivimos o no; pueden perfectamente ser pensamientos inventados, algo que nos contó o vivió otra persona, o incluso algo que vimos en televisión o leímos. Parece a simple vista que lo que podemos decir de nuestra propia infancia es poco, pues nadie puede acceder a ella, ni nosotros mismos. Pero aun así nos encontramos con nuestros recuerdos, los cuales sean difusos o no, luchamos por conservar, habiendo quienes incluso plasman en papel aquello de lo que tan poco saben. Esta investigación intenta hablar de la infancia desde la infancia misma, teniendo como objeto las autobiografías.

Palabras clave: *memoria, infancia, filosofía, autobiografía.*

Todas las infancias son diferentes... cada infancia es única. Las amistades, la familia, la casa en que crecimos, el tiempo en que vivimos, lo que amamos y lo que odiamos, aquello que deseamos, pensamos y sentimos, lo que vimos y lo que oímos. Todo aquello forma parte de nuestros propios recuerdos, que nos pertenecen y hacen tan singular nuestra memoria. Mas, todos y todas compartimos algo, algo que es inquietante y sorprendente a la vez, y aquello es el misterio de la infancia: esa infancia nuestra que nos es tan propia y tan ajena a la vez.

La infancia siempre ha estado presente en mis inquietudes. Cada vez que me es posible recopilar información sobre mis primeros años de vida me invade un sentimiento agridulce. Por una parte, siento una sincera satisfacción por llenar aquellos espacios en blanco de mi vida, y me dejo invadir por el asombro y la sorpresa cuando a veces puedo comprobar que alguna cosa que creí haber soñado o leído, resultó ser un recuerdo de mi infancia. Sin embargo, a la vez también padezco la confusa y poco agradable sensación de sentirme ajena a aquella persona de la cual me hablan. Es común que el relato en tercera persona de lo que fue esa vida que no recuerdo no logre alinearse armoniosamente con mi propia narración vital. El sentirse espectador de la experiencia da por resultado una historia de la que dicen que fui parte, pero que no soy capaz de vivenciar en primera persona.

Cada vez me hago más preguntas sobre mi infancia, pero ésta se aleja de mí constantemente siguiendo el rumbo natural del tiempo, y mientras más se aleja, más preguntas quedan sin respuestas. Las fuentes que pueden dar fin a mis inquietudes son, por una parte, yo misma, y por otra, aquellos quienes me conocieron y me hicieron parte de sus propios recuerdos. Pero si analizamos

con detención, vemos que en realidad la fuente de las respuestas confluye en una sola cosa: la memoria, mi propia memoria y la memoria de los otros.

Desde que comenzó mi interés filosófico por la infancia en la academia universitaria, mi atención se ha detenido particularmente en las autobiografías. Siempre las leo con un dejo de incredulidad, preguntándome qué tanto de aquello allí escrito es cierto y qué tanto es producto de la imaginación de quien ha escrito. De esta forma surge también la pregunta acerca de quién es realmente el autor de la autobiografía, si es el niño o niña que vivió todo aquello, y se hace presente como narrador al momento de revivir y rememorar mediante la escritura, y así, tanto los sentimientos expresados, como las vivencias recordadas, se relatan de manera prácticamente atemporal y vívida. O si, por el contrario, tales experiencias traídas al presente no son más que los recuerdos de un adulto o adulta cuyos sentimientos por lo narrado han pasado por el filtro del tiempo, que modifica y da nuevos sentires y sentidos al pasado. Mas Preguntarnos por la sinceridad y veracidad de una autobiografía puede llegar a ser una tarea inútil, pues es probable que ni el propio autor de la autobiografía sea capaz de responder a tal cosa.

Hace un par de años encontré una foto mía en la cual se me ve, a los dos o tres años, comiendo tomate. Una banalidad que fácilmente podría haber pasado por alto, pero que logró remover lo más profundo de mis reflexiones. Yo, actualmente, no como tomate, no me gusta su sabor. Yo creía que *sabía* que no me gustaba el tomate. Yo pensaba que nunca me había gustado el tomate, pues no recordaba un solo momento de mi vida en que la afirmación “me gusta el tomate” hubiera sido verdadera. Pero de pronto me enfrenté a esta foto, a esa imagen de mí, que desarmaba una creencia aparentemente firme que yo tenía sobre mí misma, una creencia que si bien no cambia fundamentalmente quien



soy, me abrió paso a preguntarme cuántas otras cosas desconocía de mí, y cuántas de esas cosas que desconozco están ocultas en mi infancia. Solemos decir que la memoria es frágil, pero desconocemos que tanta significación tiene esto para nuestras vidas.

Nuestras infancias olvidadas, inaccesibles prácticamente, parecen un fértil campo de anécdotas, las cuales nos causan risa, sorpresa o tristeza, pero pareciera que a veces no son más que eso; chispas de recuerdos difusos que solo valorizamos bajo la condición de anecdótico. Más allá de aquello, no sabemos cuánto podemos conocer y cuánto permanecerá oculto y misterioso ante nuestros ojos adultos. Y de aquellos quienes se han aventurado a averiguar más, a darle una nueva vida a su infancia mediante la narración, no tenemos más opción que creerles y confiar en lo que dicen, pero a la vez, tener unas sinceras dudas.

El género autobiográfico suele verse bajo ciertos prejuicios. Es tomado como un escrito más bien personal, y generalmente no se toma en consideración al momento de estudiar el pensamiento de determinado autor o autora. En las instituciones educacionales poco se leen las autobiografías, y en un curso tradicional de filosofía, donde por ejemplo se estudie a Rousseau, es más común que se lea “el contrato social” que “las confesiones”. Las obras intelectuales de los autores prevalecen sobre las autobiográficas, restándole valor a éstas y desechando, muchas veces, el importante papel que juegan al momento de intentar conocer la completitud de un autor, pues éstos son más que entidades productoras y pensadoras de conocimiento racional, son también su pasado, sus experiencias, sus recuerdos y sus olvidos. No es tarea fácil emprender la delicada reconstrucción de nuestras vidas, decidir qué contar y qué omitir, y hacer de manera casi inevitable un juicio de valor sobre nuestras experiencias,

poniéndolas en una pesa y viendo que ha sido más importante para nuestras propias vidas y de qué recuerdos podríamos prescindir.

La infancia es aquel trozo de nuestra existencia donde la reconstrucción se hace aún más difícil, pues lo que sabemos en primera persona es poco, y además ha pasado por el filtro del tiempo. Solo se conservan recuerdos poco precisos, que no son muy útiles al momento de querer rearmar y reconstruir la infancia. La autobiografía aparece como un esfuerzo e interés de rescate de la memoria: un reconocimiento del valor de aquello que está quedando en el olvido, un intento de traerlo al presente.

Nos volvemos a preguntar, ¿podemos confiar en las autobiografías? Independiente de las intenciones del autor o autora al momento de escribir el relato de su vida, sabemos de la fragilidad de la memoria, y para nadie es un misterio que nuestra mente no es capaz de acceder a toda nuestra memoria. Dirá Gusdorf, que,

“La recapitulación de lo vivido pretende valer por lo vivido en sí, y sin embargo, no revela más que una figura imaginada, lejana ya y sin duda incompleta, desnaturalizada además por el hecho de que el hombre que recuerda su pasado hace tiempo que ha dejado de ser el que era en ese pasado”

(Gusdorf, 1991: 13)

Entonces, ¿cómo acceder al pasado mediante la autobiografía, si ésta se sitúa en el presente? Al menos para Gusdorf, como vemos en la cita anterior, la autobiografía es incapaz de abrir camino al pasado, pues los humanos no podemos regresar a ese pasado sino es desde el presente, y esa tensión temporal hace imposible la relación verídica con nuestros recuerdos.

No importa cuántos esfuerzos hagamos, o cuántos métodos usemos para conocer nuestra infancia, pareciera que ésta, o al menos parte de ella, está destinada al olvido, y poco podemos hacer para rescatarla de ahí. No podemos sino preguntarnos cuáles y cuántas cosas de nuestras vidas, de nuestras infancias, serán un misterio incluso para nosotros y nosotras mismas. Cuántos pensamientos quedarán para siempre ocultos bajo el manto del olvido y no podremos jamás acceder a ellos. Y sin embargo, nuestra propia curiosidad nos lleva a preguntarnos más, a querer saber y conocernos lo que más sea posible, y quizá es por esto que existen y existirán las autobiografías, y que las seguiremos leyendo. También por ello miramos con tanta atención esas fotos de nuestra niñez, tratando de hacer encajar en aquella persona retratada a aquella persona que la observa, sabiendo que somos nosotros mismos, pero que a la vez, no lo somos.

~

# I

## ENTRE MEMORIA Y OLVIDO

### i. Memoria, recuerdo y percepción; aportes desde la filosofía de Bergson

“La memoria..., no es una facultad de clasificar los recuerdos en un cajón o de inscribirlos en un registro. No hay registro, no hay cajón, aquí no hay siquiera propiamente hablando, una facultad, porque una facultad se ejerce de modo intermitente, cuando ella quiere o puede, mientras que el amontonamiento del pasado sobre el pasado prosigue sin tregua.”

Bergson, 1977: 47

Nuestro pasado actúa como una entidad, que de alguna manera siempre está latente en nuestro presente. Le llamo entidad, pues para Bergson, no existe recuerdo que esté fuera de nuestra memoria, cada cosa vivida, pensada, deseada y sentida, desde incluso nuestra más remota infancia, está presente en la entidad del pasado. El inconsciente tiene fuerte incidencia en estos temas, pues mucho de lo que constituye nuestro pasado, se encuentra solo presente a nivel inconsciente. Es muy poco lo que se hace presente de nuestro recuerdo, y la mayoría de nosotros y nosotras, los seres humanos, llevamos a cabo nuestras actividades con tan solo una leve y débil señal de nuestro pasado.

Para Bergson, el pensamiento está regulado por una mínima presencia del pasado, sin embargo éste se hace presente con todo el esplendor de su fuerza, en forma de impulso, desde nuestros deseos y en las formas que actuamos. Es aquello en donde reina el inconsciente, donde actúa principalmente nuestro pasado, aquel pasado oculto a nuestra razón. Y es aquello que en general

desconocemos de nosotros y nosotras mismas, lo que conduce con mayor fuerza nuestro actuar impulsivo.

El recuerdo ocupará gran parte de las reflexiones de Bergson, y tendrá un lugar de mucha importancia para su filosofía y sus investigaciones sobre la memoria. El recuerdo aparecerá lentamente, tomando forma de manera suave y delicada, tanto así que a veces incluso será difícil distinguirlo de la percepción, pues tiende a imitarla. Sin embargo el recuerdo está profundamente ligado al pasado, y se puede distinguir como tal porque es “al mismo tiempo que un estado presente algo que se destaca sobre el presente” (Bergson, 2013: 148). Es mucha la similitud entre el recuerdo y la percepción, y es natural llegar a creer que no difieren más que en el grado, y que comer una manzana, y el recuerdo de comer una manzana, no tienen más diferencia que el grado de intensidad, el cual es alto al momento de comer la manzana, y disminuye considerablemente cuando se recuerda la acción. Sin embargo Bergson señala la contradicción lógica que hace imposible tal cosa, y es que si la diferencia fuera de grados, entonces la percepción podría ser algo así como un recuerdo intenso. El autor afirmará que es imposible que alguien se pueda confundir ante tal situación, pues es evidente que la memoria no actúa desde el presente al pasado, sino que a la inversa, viene desde el pasado hacia el presente. Vemos como en esta contra respuesta a la teoría de los grados que ofrece Bergson, se encierra un juego de palabras, puesto que dice que “Si el recuerdo de una percepción no fuera sino esta misma percepción debilitada, llegaríamos por ejemplo a tomar como la percepción de un sonido ligero el recuerdo de un ruido intenso” (2013: 246). Mas no es igual afirmar que el recuerdo es una percepción debilitada, que decir que la percepción es un recuerdo intenso. Y será el mismo Bergson quien luego afirmará que es a partir de la percepción que nos vienen los recuerdos en tanto

imágenes. De esta manera la teoría de la diferenciación percepción/recuerdo mediante los grados de intensidad no queda lógica y naturalmente desechada, como propone Bergson, sino que se mantiene como una posibilidad, que incluso puede ser compatible con su propia teoría, que consiste en afirmar que la diferencia percepción/recuerdo es un asunto de naturaleza.

El autor afirma que “El recuerdo aparece en todo momento haciendo de doble de la percepción, naciendo con ella, desarrollándose al mismo tiempo y sobreviviéndola porque es de naturaleza distinta a ella” (1977: 51). De esta manera el recuerdo se define por el autor como un “estado virtual” (2013:148), que se encuentra en potencia, en condición de posibilidad a actuar, y al actualizarse se transforma en percepción. El recuerdo se actualiza en la percepción.

Mientras que el presente se define, por Bergson, como un “estado del cuerpo” (2013: 247), algo que actúa sobre nosotros y nos mueve al hacer, la memoria actuará principalmente como un motor que traerá al presente aquello que es útil para la percepción actual, y nos servirá para tomar decisiones. Presente y pasado se nos ofrecen complementarios desde esta perspectiva, pues mientras uno nos mueve, el otro nos ayuda a decidir cómo movernos. Sin embargo la memoria no siempre nos será de tal utilidad, pues podemos comprobar en nosotros y nosotras mismas como solemos perder recuerdos, pues sabemos que nuestra memoria es frágil. Bergson afirmará que es solo una pequeña parte de nuestro pasado con la que pensamos, “pero es con nuestro pasado todo entero, incluida nuestra curvatura de alma, como deseamos, queremos, actuamos” (1977, 48), pero estos temas son asuntos que veremos más adelante.

ii. Los recuerdos de la memoria; aportes desde la filosofía de San Agustín

“Mas heme ante los campos y anchos senos de la memoria, donde están los tesoros de innumerables imágenes de toda clase de cosas acarreadas por los sentidos. Allí se halla escondido cuanto pensamos, ya aumentado, ya disminuyendo, ya variando de cualquier modo las cosas adquiridas por los sentidos, y todo cuanto se le ha encomendado y se halla depositado y no sido aún absorbido por el olvido”

San Agustín, 1974: 399

Cuando queremos buscar una cosa en nuestra memoria, ésta puede ser tarea fácil o difícil, pues hay cosas que están cercanas y podemos traerlas al presente con facilidad, mientras que algunas otras nos dificultan la tarea del recordar, pues parecen estar escondidas. También puede suceder que un recuerdo irrumpa en nuestro presente sin previo aviso y sin que lo busquemos. Existe una especie de tensión en la voluntad del recordar, pues pareciera ser que hay recuerdos que traemos voluntariamente al presente, y hay otros que involuntariamente, o sin aviso, se nos presentan. Cabe preguntarse, en el caso de los recuerdos involuntarios, qué tan involuntarios son, y si realmente somos “inocentes” de atraer tales recuerdos a nuestro presente, y por tanto somos nada más que simples víctimas de quizás qué cosa que nos mueve a recordar sin haber querido hacerlo. ¿Hasta qué punto tiene, en estos casos, injerencia nuestro inconsciente?, pues aquellos recuerdos que se presentan involuntariamente pueden no ser más que resultado de alguno de los cientos de estímulos que recibimos sensorialmente sin hacernos conscientes de ellos.

A nuestra memoria entran los recuerdos, aparentemente, mediante los sentidos; Agustín hablará de diferentes puertas por las cuales los objetos entran

a la memoria, enumerando los sentidos. Por ejemplo, los olores entrarán por la puerta de la nariz y se almacenarán en la memoria. Destaca Agustín que no son las cosas en sí mismas las que entran a la memoria, sino imágenes de estas cosas, mediadas por el pensamiento. Y estas imágenes quedan guardadas a merced del pensamiento que las recuerda. Es misterioso para el autor cómo las imágenes residen en nuestra memoria, y cómo aún en un cuarto absolutamente oscuro, podemos pensar y distinguir colores u olores, sin que estos se presenten a mi vista u olfato, y somos capaces, por ejemplo, de preferir un olor por sobre otro, como el olor a flores por sobre el olor a pintura fresca, aún sin estar oliendo.

Por otra parte, las cosas del intelecto, es decir, el aprender algo, difiere de las cosas recibidas por los sentidos. Si bien ambas son almacenadas en la memoria, por una parte, como señalamos anteriormente, las cosas de los sentidos se reciben como imágenes de una realidad, por otro lado, las cosas provenientes del intelecto se reciben en sí mismas. La diferencia que notará Agustín es que, mientras las cosas reales, como una flor, son captadas por los sentidos en forma de imagen u olor, los asuntos del intelecto, como aprender gramática, son cosas que no se captan, sino que se introducen a la memoria.

Es aquí donde se abre un nuevo problema para el autor: estas cosas, a saber, las ciencias, que no vienen desde los sentidos, ¿desde dónde provienen? y ¿cómo llegaron a mi memoria? Estas cosas no pueden ser aprendidas desde fuera, pues para Agustín el conocimiento en sí no lo produce un otro, sino que está dentro de nosotros y lo descubrimos. Para el autor, el enfrentarse a una ciencia es un reconocerla como verdad, y este reconocer presupone un conocimiento. La pregunta es entonces desde dónde viene tal conocimiento, pues aparentemente ya reside en nuestra memoria, de forma casi olvidada y oculta. Precisamente la palabra *cogitare* del verbo *cogito* que es pensar, es



frecuentativo, dirá Agustín, del verbo *cogo* que es recoger. De esta forma pensar sería un recoger de la memoria (1974: 405).

Las profundidades de la memoria son desconocidas, y nadie ha logrado penetrar hasta lo profundo de su ser. Agustín dice: “No soy yo capaz de abarcar totalmente lo que soy” (1974, 402). En esta frase se integra la memoria y el recuerdo en el ser, en una especie de construcción de mi ser-yo. Mas esta construcción del ser es inabarcable a nuestra propia consciencia de sí mismo.

El pensamiento agustiniano, planteará paradójicamente que lo único que escapa a la memoria, es lo que ya se ha olvidado, pero ¿cómo saber qué es lo que ya se ha olvidado, si ya se ha olvidado? Pareciera ser que podemos saber que no tenemos todo nuestro pasado con nosotros en la memoria, mas esto también es dudoso, puesto que no podemos penetrar hasta lo más profundo de ésta, y un recuerdo que parece olvidado, podría solamente estar muy escondido. Por otra parte, si es cierto que hay parte de nuestro pasado, sea pensamiento, sea imagen, que ya hemos olvidado, y de esta manera también se puede decir, que hemos perdido, sucede entonces que habrá una parte de nuestro ser que siempre estará oculta y desconocida a nosotros y nosotras mismas. Claro que en el caso de Agustín, el afirmará que si bien esto puede estar escondido u olvidado para nosotros y nosotras mismas, no será así para dios, quien para, Agustín un ferviente católico, sabe todo.

De la misma manera que para Bergson, Agustín también planteará que la memoria y los recuerdos de nuestro pasado; lo que hemos hecho, lo que hemos pensado y lo que hemos creído, se convierten en posibilitadores de mi accionar futuro. Mediante mis recuerdos puedo inferir que cosas podrían suceder si hago tal o cual cosa. La memoria nuevamente se nos presenta como un posibilitador del accionar presente, destacando su utilidad al momento de decidir qué acción

llevar a cabo en determinadas situaciones. Y nuevamente nos encontramos con el mismo problema que antes planteamos con Bergson. Ya que la debilidad de la memoria nuevamente se nos hace evidente y su utilidad para la toma de decisiones es puesta en cuestión. No podemos decidir con la totalidad de los recuerdos, pues estos no los podemos traer a la memoria. Por tanto no decidimos más que con una pequeña parte de nuestro pasado. Y el olvido seguirá colmando nuestras dudas.

iii. El lugar sin memoria: la infancia olvidada y el buen olvido

“Miramos con demasiada indiferencia el hecho de la amnesia infantil, o sea la pérdida de los recuerdos correspondientes a los primeros años de nuestra vida (...) Olvidamos de cuán altos rendimientos intelectuales y cuán complicadas emociones es capaz un niño de cuatro años, y no nos asombramos como debiéramos de que la memoria de los años posteriores haya conservado generalmente tan poca cosa de estos procesos psíquicos.”

(Freud, 1936: 56)

Freud afirma que, de acuerdo a varias investigaciones, el primer recuerdo de la infancia surge a los seis meses de edad, mientras que para algunos otros, es recién entre los seis u ocho años (1936: 56). Estos datos no sorprenden mayoritariamente. Los recuerdos de infancia surgen como pequeñas chispas; algo que pasó a los cuatro años de edad, o que pudo quizá ser a los dos. Luego algún otro recuerdo, situable entre los ocho o nueve años. En realidad son pocos aquellos que pueden recordar con absoluta certeza sus años de infancia, el resto de los seres humanos damos saltos entre imágenes borrosas, que incluso nos pueden llegar a parecer ficticias, y a las cuales debemos generalmente aplicar un gran esfuerzo mental para situar en determinado momento de nuestras vidas.

Sin embargo, ya avanzados en años, podemos crear un relato vital más coherente y más completo. Los espacios en blanco disminuyen considerablemente, y pareciéramos ser más dueños y dueñas de nuestros pasados, de nuestros recuerdos.

Cuántas. Cuántas innumerables preguntas agolpan nuestras mentes al enfrentarnos a nuestro pasado en blanco. A qué se debe la pérdida de esos recuerdos de infancia, ¿acaso nuestras memorias no los consideran lo suficientemente valiosos o importantes como para hacerlos prevalecer? ¿O se debe solo a una debilidad humana de la que no nos podemos librar?

Para Freud, en su labor como psicoanalista, la infancia está lejos de carecer de importancia a la hora de hablar de una persona.

“Existen vigorosas razones para admitir que estas mismas actividades infantiles olvidadas no han desaparecido sin dejar huella en el desarrollo de la persona, sino que han ejercido una influencia determinante sobre su futuro carácter”

1936: 56

Estamos prácticamente determinados por condiciones de nuestro ser que desconocemos.

El enfrentamiento a este oscuro panorama; el sabernos ignorantes de nosotros y nosotras mismas, llevará a Ricoeur a definir la memoria como una lucha contra el olvido, mientras que el olvido, por su parte, será considerado como un atentado a la memoria (Ricoeur, 2013A: 532). Estas afirmaciones, sin embargo, nos llevan casi naturalmente a evocar el cuento de *Funes, el memorioso*, de J.L. Borges, donde se nos presenta una realidad totalmente contrastante con la que vivimos de manera general, y que nos abre paso a

preguntarnos cómo serían nuestras vidas, y cómo seríamos nosotras y nosotros mismos, si tuviésemos la asombrosa capacidad de recordar con precisión y detalle cada mínima situación vivida.

“Al caer, perdió el conocimiento: cuando lo recobró, el presente era casi intolerable de tan rico y tan nítido, y también las memorias más antiguas y más triviales”

(*Funes el memorioso*, J.L. Borges)

Ireneo Funes es un personaje extraño, solitario, y desconocido. No podríamos afirmar que su extraña y vasta memoria lo haga un hombre feliz, pero tampoco se puede afirmar que por el contrario, sea un hombre triste. Pero sí podemos vislumbrar su desesperación ahogada y que, así como permanece a oscuras en su habitación, desearía fervientemente poder oscurecer también su mente. Él se sabe dueño de una capacidad única y maravillosa. Acepta incluso con naturalidad lo que llama el costo mínimo de su nueva habilidad<sup>1</sup>. Mas ahora silenciosamente el olvido.

¿Podríamos vivir sabiendo exactamente todos y cada uno de los miles y miles de recuerdos que componen nuestras vidas? ¿Es quizás el olvido de nuestras infancias, una facilidad más un problema? ¿Son esos “espacios en blanco” en nuestra mente, necesarios para nuestra vida?

Para Nietzsche, mientras los seres humanos celebran y se vanaglorian de su humanidad, a la vez ocultan el secreto anhelo de ser como los animales, y envidian su felicidad. En un pequeño diálogo Nietzsche enfrenta al humano y al animal, y los interroga acerca de su felicidad, mas para el animal es imposible responder la pregunta que le han hecho, o cualquier otra pregunta, pues a causa

---

<sup>1</sup> Funes obtiene su maravillosa memoria luego de un accidente en el cual pierde la movilidad.

del olvido, olvida lo que quiere decir casi de forma simultánea al querer hablar. El humano se asombra ante esto, y a la vez se cuestiona a sí mismo su incapacidad de olvidar, su dependencia al pasado. “Envidia al animal que enseguida se olvida y ve cada instante morir de veras, volver a hundirse en la niebla y la noche y extinguirse para siempre” (Nietzsche, 1932: 697). Esta visión revela al animal como sujeto ahistórico, que se encuentra, de alguna manera, *fuera* del flujo temporal, y esto conlleva una sinceridad como modo de vida; el animal es completamente sí mismo en todo momento. Mientras que por el contrario el humano carga con el peso del pasado sobre sí, y esta carga aumenta cada vez más. El pasado nos molesta e incomoda, porque nos recuerda que somos imperfectos. Para Nietzsche solo la muerte nos puede librar de la carga del pasado, pero ésta, al presentarse, a la vez también nos quita el presente y la existencia.

Nietzsche define la existencia como un *haber sido*, y este *haber sido* vive de la negación, de la destrucción y la contradicción a sí mismo. Y dice también, que si es la felicidad el impulso que nos hace vivir, entonces los filósofos cínicos puedan tener razón, y el olvido sea lo que hace que la felicidad sea felicidad, entendiendo aquí olvido como la “facultad de sentir de forma ahistórica todo el tiempo de su duración” (1932: 698). Para Nietzsche, quien no tenga tal capacidad de olvido no será feliz, ni podrá hacer feliz a otros. En toda acción hay olvido; es posible vivir sin recordar, pero no es posible vivir sin olvidar. El peligro de no ser capaces de olvidar el pasado, podría terminar por consumir nuestros presentes. Para saber hasta qué punto es necesario el olvido, hay que conocer algo que Nietzsche llama *fuerza plástica*, que es aquella fuerza de desarrollarse a partir de sí mismo, asimilando el pasado. Lo que nuestra naturaleza no sea capaz de dominar, hay que olvidarlo.

Mas, Nietzsche afirmará que no todo se trata de olvidar, pues también hay una gran y evidente importancia en recordar, y un ser humano sano debe ser capaz de olvidar y recordar según sea necesario. Existe, aparentemente una idea de equilibrio de *la justa medida entre el olvido y la memoria*.

Identidad es una palabra difícil de definir, y más aún cuando nos enfrentamos a todo lo anterior expuesto. Cómo hablar de identidad cuando no tenemos certezas sobre lo que hemos sido. “La identidad personal, es una identidad temporal” (2013A: 138), dirá Ricoeur al pensar acerca de las investigaciones de John Locke, para quien la persona se define por su conciencia de saber que es *sí misma* pensante en diferentes lugares y diferentes tiempos. Y este sentido de conciencia se identifica y enlaza con la memoria, tanto que Ricoeur afirmará que son una y la misma cosa. La memoria acompaña el saberse pensante en diferentes momentos. “La identidad personal es explicada en términos de lo recordado o de lo recordable, es decir, en términos de memoria” (Rabossi, 1989: 9).

Somos lo que recordamos, pero también somos lo que olvidamos. Cuántos misterios se abren bajo tal afirmación. Somos nuestro pasado recordado y olvidado, somos también nuestro pasado modificado y ficcionado por el intento de llenar los espacios vacíos. Somos esos recuerdos que intentan darle sentido a una historia, y somos esos olvidos de los cuales nada sabemos, pero que aun así, escriben nuestra historia desde el vacío y la ausencia.

## II

### RELATOS DESDE EL OLVIDO Y LA MEMORIA: LA AUTOBIOGRAFÍA

#### i. La autobiografía como género literario

Para Gusdorf el género de la autobiografía está condicionado por el tiempo y el espacio. Esto quiere decir que la autobiografía no ha existido siempre en la historia, ni es universal. La autobiografía, para existir, requiere de ciertos procesos históricos, y se vuelve producto de una cierta “civilización”. La existencia de la autobiografía está condicionada por la propia toma de conciencia; la conciencia de sí, como sujeto histórico, lo que hace posible la creación autobiográfica. Este género está ligado a la revolución copernicana, donde el humano se hace parte de todo lo que sucede en el mundo.

“La humanidad, que subordinaba su devenir a los grandes ciclos cósmicos, se descubre dueña de una aventura independiente, y muy pronto esa humanidad se hará cargo también del dominio de las ciencias, organizándolas, por medio de la técnica, en función de sus propias necesidades. A partir de ese momento, el hombre se sabe responsable: convocador de hombres, de tierras, de poder, creador de reinos o de imperios, inventor de un código o de una sabiduría, tiene conciencia de añadir algo a la naturaleza, de inscribir en ella la marca de su presencia.”

1991: 10

Mediante la revolución copernicana, el ser humano se hace parte importante del mundo y la conciencia histórica lo hace descubrirse ante un presente y un pasado, y le permite situarse en un punto de la historia. El humano ahora se ve a sí mismo como sujeto incondicional de la historia humana y se da

cuenta de que su vida es irrepetible y por lo mismo tiene un valor que pareciera ser intrínseco, y se hace digna, y sobre todo necesaria de ser narrada

La autobiografía, y otras varias representaciones de este estilo, son una muestra de los deseos humanos de trascendencia en la memoria histórica de la humanidad, dice Gusdorf que “yo supongo que mi existencia importa al mundo y que mi muerte dejará el mundo incompleto” (1991: 10). Sin embargo este punto es discutible, pues la toma de conciencia histórica es importante para la creación autobiográfica, sin embargo no necesariamente de esta toma de conciencia se sigue una concepción de mundo en la que el sujeto se ve a sí mismo como parte tan importante de él, que éste quedaría incompleto si el sujeto dejase de existir. Y tampoco se sigue de forma necesaria que la creación de la autobiografía se haga como un trabajo que busque perpetuar la vida del autor a través de la memoria de la humanidad; los motivos para escribir una autobiografía pueden ir más allá del deseo de perdurar en el tiempo.

La autobiografía como creación literaria puede tener como fin el querer mostrar y destacar al autor, como también rescatarlo del olvido de los otros. Mas es importante no olvidar el valor del *escribir por escribir*, y el ejercicio de la creación sin un receptor externo al yo mismo, donde emisor y receptor coinciden en la misma persona. En este caso la escritura no conllevaría un mostrarse, sino que tendría otros objetivos y funciones, pero sigue siendo producto de una consciencia histórica, y a la vez de un cierto deseo de rescate del yo, pero de una forma individual y quizás hasta secreta; un placer de reencontrarse mediante la escritura, que no busca perpetuarse para el resto, pues el mundo podría o no continuar sin el sujeto protagonista de la autobiografía,



anulando el deseo de trascendencia<sup>2</sup>. El ejercicio autobiográfico no se realiza solo bajo la premisa de que la existencia subsista más allá del sujeto.

Para Gusdorf la autobiografía es como una obra artística, en la cual el artista y su modelo coinciden. Hay un encuentro del ser humano con su propia imagen. Gusdorf define esta imagen como “La imagen es otro yo-mismo, un doble de mi ser, pero más frágil y vulnerable, revestido de un carácter sagrado que lo hace a la vez fascinante y terrible” (1991: 11). Mediante la autobiografía el sujeto busca encontrar su propio ser más allá de todas sus imágenes.

Durante un primer periodo, la autobiografía funciona bajo las premisas del cristianismo, y la imagen del propio yo es vista desde ciertos puntos de partida, como lo será el pecado y la vergüenza, entre otras. Será recién luego del renacimiento, que eliminará los dogmas del cristianismo, que el ser humano tendrá un interés por verse a sí mismo tal como es, fuera de los sesgos que le entrega su tiempo histórico y se atreverá a escribir con *más* sinceridad y libertad acerca de su vida.

## ii. Tensiones entre verdad y ficción

El autor o autora de una autobiografía quiere contar su propia historia, y para hacerlo debe reagrupar los hechos de su vida, y lograr una coherencia entre ellos. Para llevar a cabo esta tarea el autor tiene que distanciarse de sí mismo, para poder apreciarse y apreciar su vida en el tiempo. Sin embargo la posición distante del autor, es a la vez privilegiada, pues según dice Gusdorf, yo puedo saber mejor que nadie mis motivaciones y/o creencias, “únicamente yo poseo el privilegio de encontrarme” (1991: 12). En una autobiografía, los datos técnicos y cronológicos pasan a ser secundarios a la sombra de la narración del

---

<sup>2</sup> Acoto el sentido de trascendencia a la trascendencia histórica, dejando fuera de esta discusión la trascendencia en sentidos religiosos o espirituales.

interior, esto se ve sobre todo en las autobiografías de infancia, pues los niños y niñas no son generalmente personajes relevantes históricamente, y para Gusdorf, que alguien se esmere en evocar tal época “explora un dominio encantado que solo a él le pertenece” (1991: 13).

Gusdorf dice que

“Una autobiografía es una segunda lectura de la experiencia, y más verdadera que la primera, puesto que es toma de conciencia: en la inmediatez de lo vivido, me envuelve generalmente el dinamismo de la situación, impidiéndome ver el todo”

(1991: 13)

Sin embargo él mismo se contradice al decir más tarde que

“La recapitulación de los vivido pretende valer por lo vivido en sí y, sin embargo, no revela más que una figura imaginada, lejana ya y sin duda incompleta, desnaturalizada además por el hecho de que el hombre que recuerda su pasado hace tiempo que ha dejado de ser el que era en ese pasado”

(1991: 13)

Al encontrarnos con estos fragmentos, no podemos sino pensar sobre aquella común pretensión de tomar por *más* verdadero un hecho solo por estar mediado por una toma de conciencia. Como el mismo Gusdorf afirma, el recuerdo no puede valer por el pasado, ya que se mezcla con las ficciones, y se pierde la exactitud de los detalles.

Si me permito a mí misma hablar acerca de la verdad, más verídico me parece el momento mismo de la experiencia. Los repasos de la memoria tienen validez, pero es de otro tipo, no pueden intentar hacerse prevalecer ante la experiencia misma vivida. Sabemos la complejidad de hablar acerca de la

verdad, pues ojalá esta fuese de color blanco o negro, sin embargo estamos hablando de la memoria, y bajo la sombra del tiempo, la verdad se oculta en diferentes tonos.

“La verdad no es un tesoro escondido, al que bastaría desenterrar reproduciéndolo tal cual es” (1991: 16). En el contexto de la autobiografía, para Gusdorf la verdad es un *hacer*, un *crear*, que parte desde un rescate de una experiencia, y que está mediado por el sujeto que narra mediante la distancia que otorga el tiempo. La autobiografía está más allá de la verdad o la falsedad, ya que es más cercana a una obra de arte que a una investigación histórica, y como tal, tiene un carácter, una escritura, un estilo y un valor diferente. La verdad de la autobiografía está situada más allá de la verdad en un sentido estricto. La verdad es una especie de creación en la subjetividad del sujeto que recuerda, y que trae al presente sus recuerdos.

Para Gusdorf la autobiografía es también una justificación de la vida, una angustiada respuesta a quienes se preguntan sobre el sentido y valor de sus vidas, “la última oportunidad de volver a ganar lo que se ha perdido” (1991: 14). De esta manera se busca dotar de un sentido, coherente con la vida vivida, a cada acto. Por eso el autor habla de dos sentidos de la autobiografía: 1) el retratar la historia de una vida, y 2) las intenciones apologéticas. Todo esto se debe a lo que llamará “el pecado original de la autobiografía”, el cual consiste en la narración, la cual para el autor de una autobiografía, es consciencia, y esta consciencia dirige la narración, por lo tanto el sujeto que narra cree que la consciencia ha dirigido toda su vida, y de esta forma se va sustituyendo lo que ha sido, por lo que es en el presente; el recuerdo mediado por la consciencia reemplaza la experiencia pasada. La consciencia también dota de sentido las

experiencias pasadas, sin tomar en cuenta los otros sentidos, o el sinsentido, que ésta tuvo en su momento.

Para Paul de Man, intentar establecer el límite entre la verdad y la ficción de la autobiografía es una actividad que se nos presenta por lo menos dificultosa. La autobiografía no es como una foto, en la cual el retrato del modelo ha quedado estampado mediante la imagen de un segundo invariable de sí mismo. De Man advierte una idea que puede sonar como locura, pero que basta darle un par de vueltas en el pensamiento para aceptarla; la vida no tiene por qué ser necesariamente el modelo de la autobiografía, como solemos creer. No es necesario que primero surja la vida que contar y luego a partir de ella la narración. Puede, de forma totalmente natural, existir primero la idea del autorretrato: autobiografía que tenemos en mente, y a partir de ella la vida.

Un curioso caso, relacionado con lo recién planteado, es el del poeta Lamartine, quien en su famoso poema *La vigne et la maison*, nos habla de su casa de infancia, y relata con pasión, versos sobre la enredadera que se encontraba en la fachada.

*Contemple la maison de pierre*

*Dont nos pas usèrent le seuil*

*Vois-la se vêtir de son lierre*

*Comme d'un vêtement de deuil*

La belleza literaria de estos versos no es todo lo que llama la atención de ellos. Lo verdaderamente fascinante de este poema se encuentra más allá de las palabras. La enredadera mencionada, en realidad jamás existió. El bello recuerdo infantil evocado en forma de poesía, de la fachada de la casa donde el poeta creció, decorada con las enredaderas que crecían y cubrían las murallas, no es más que una invención de Lamartine. Años después de la infancia del

poeta, su esposa fue quien se encargó de convertir en realidad la obra de su marido, y mandó a plantar una enredadera.

Vemos como los relatos autobiográficos no solo pueden estar fácilmente constituidos por invenciones del autor, sino que además la construcción de la autobiografía puede ser a la inversa, según lo propuesto por De Man, y no es necesario que la vida inspire la obra. Ya que, tal como a Lamartine, puede primero ser la obra, y la vida imitarla a esta.

En el caso del *La vigne et la maison*, el que poema y vida coincidan en la verdad, no tiene que ver con un relación de necesidad. El hecho de que exista una enredadera se debe a la intervención de un tercero. La vida podría seguir y haber seguido por años, y el poema seguiría siendo el presente de un pasado que podría nunca haber existido. Pero ¿convierte este hecho al poema autobiográfico de Lamartine en una falsedad? O es acaso que la autobiografía tiene intereses y/o finalidades que están más allá de la “simple” coincidencia con la vida.

La autobiografía, vista bajo las afirmaciones expuestas anteriormente, se transforma en una versión del pasado, revisada y “autorizada” por el autor;

“Los olvidos, las lagunas y las deformaciones de la memoria se originan ahí (en darle sentido a un acontecimiento): no son la consecuencia de una necesidad puramente material resultado del azar; por el contrario, provienen de una opción del escritor, que recuerda y quiere hacer prevalecer determinada visión revisada y corregida de su pasado, de su realidad personal”

1991: 15

Mas esta *versión* es solo una de las tantas que una vida podría tener; la autobiografía, se esfuerza por rescatar el sentido de la vida, pero solo muestra

un sentido, una parte de un todo. Es por esto que la autobiografía es una obra de arte para autores como Gusdorf, pues se va creando, y se construye al personaje sobre lo que quiere y cree ser y haber sido en sus recuerdos y sus olvidos, por sobre lo que fue y es. Por esto mismo es trascendental a la verdad, mas tampoco puede ser declarada ficción; es un juego entre ambas, una tentativa entre lo que es y pudo ser, entre lo que se recuerda y lo que se olvida.

~

### III

#### REPRESENTACIONES AUTOBIOGRÁFICAS DE LA INFANCIA

“La autobiografía no es, por consiguiente, la imagen acabada, la determinación permanente, de una vida personal: el ser humano se hace de continuo; memorias y recuerdos aspiran a una esencia más allá de la existencia y, a ponerla de manifiesto, contribuyen a su creación. Al dialogar consigo mismo, el escritor no busca decir la última palabra, la cual cerraría su vida; se esfuerza solamente por acercarse un poco más al sentido, siempre secreto e inalcanzable, de su propio destino”

1991: 17

Ricoeur dirá que la memoria es el presente del pasado (2013A: 133), pero en un lugar como la infancia, donde reina el olvido, podríamos afirmar, no sin temor, que solo tuvimos presente, y aquel pasado se ha olvidado o se mantiene oculto a nuestras conciencias. Nuestras infancias son más olvido que memoria... entonces cómo explicarnos que alguien pueda crear relatos sobre ellas. ¿De dónde surgen los poderosos recuerdos que un sinnúmero de autores plasman confiadamente en sus relatos vitales? Tantas preguntas nos quedan sin respuesta. Por lo pronto, nos aventuraremos a entrar en algunas de las autobiografías de reconocidos autores de la historia. Todos ellos diferentes entre sí, pues tan diferentes fueron sus vidas, condicionadas por el tiempo histórico, por la geografía, y por un sinnúmero de otras variantes que afectan las vidas, y por lo tanto, los relatos de una persona. Entraremos en el oculto mundo de las infancias, que los autores que veremos más adelante, nos han invitado a conocer mediante sus propias palabras.

i. La infancia perdida; San Agustín

Agustín es dueño de una vasta producción religiosa y filosófica, sus obras le valieron el título de doctor de la iglesia, un reconocimiento que le fue otorgado por el Papa en honor a sus conocimientos y a sus aportes a la religión. *Las Confesiones* es su gran obra autobiográfica, la cual fue escrita entre 397 y 398, cuando Agustín rondaba por los cuarenta años. El título de la obra no es al azar, cada párrafo constituye la esencia de una confesión, un derrame de la vida de Agustín, que éste reconstruye y relata poniendo a Dios como receptor, a quien le habla directamente. Para Agustín la importancia de esta obra radica en el momento de su conversión, confesando en cada línea lo que era su vida previa al momento de volverse al cristianismo, y también el relato de cómo vivió el proceso de decidirse a dedicar su vida a la religión.

El primer libro de las confesiones, que será aquel en que se moverá este capítulo, comprende desde su nacimiento hasta la edad aproximada de 15 años, pero en esta ocasión nos centraremos en lo que Agustín llama propiamente “la infancia”, pues para definirla y situarla temporalmente, Agustín se mantiene muy fiel a la etimología de la palabra “infante”, del latín *infantis*: el que no habla. Se refiere a esta etapa como un periodo donde existe un esfuerzo por parte de sí para poder expresarse con los demás, mas dice que sin la palabra le era difícil mostrar a aquellos que lo rodeaban lo que había en su alma. Agustín enmarca su infancia bajo dos ideas principales, que alinean todo su discurso: el olvido y el pecado. Su infancia es una reconstrucción, y esta parte de su vida, al igual que las siguientes, no se encuentra exenta del pecado.

Agustín es categórico: su infancia terminó, se acabó y es poco lo que de ella puede saber. Jura a Dios no recordar su infancia ni sus comienzos, constatando esto en los primeros capítulos del libro, dice, “Te confieso, Señor



de cielos y tierra, alabándote por mis comienzos y mi infancia, de los que no tengo memoria” (2007: 80). Sin embargo, pese a reconocer su propia incapacidad para situar la infancia en su vida, Agustín se embarca en un método que le permitirá tener un acercamiento a aquella etapa, que considera lejana e incluso perdida. Este método tiene dos sustentos básicos: La observación y la confianza. Agustín se pregunta, ¿cómo puedo saber cómo fui de niño si ya no lo soy y tampoco lo recuerdo? Y encuentra un atisbo de solución a esta pregunta mediante la observación de niños y niñas; su comportamiento, sus acciones, sus gestos y palabras, y también buscando el propio relato de su infancia contada por aquellos que lo criaron.

“Después empecé también a reír, primero durmiendo, luego despierto. Esto han dicho de mí, y lo creo, porque así lo vemos también en otros niños; pues yo, de estas cosas mías, no tengo el menor recuerdo”

2007:79

Para conocer nuestra infancia, afirma Agustín, no nos queda más que confiar y creer en lo que nos dicen quienes nos conocieron durante aquellos tiempos, y podemos complementar o contrastar tales relatos con la observación de otros niños y niñas. Viendo lo que otros niños hacen Agustín asume que es probable que él haya hecho las mismas cosas. Incluso afirma que puede acercarse más a su infancia viendo a otros niños que con lo que le han contado de sí mismo.

Si bien Agustín no parece encontrar otra solución, tampoco se siente conforme con ésta. Es tal el vacío de esta etapa que dice se asemeja incluso al periodo en que habitó el vientre materno. Ve su propia infancia como un momento oscuro y difuso, del que nada sabe y al cual tiene como único medio de acceso lo que la exterioridad le puede entregar. Para Agustín conocer al

Agustín-niño, al infante que fue, es conocerse en tercera persona. Recordar la infancia se vuelve un trabajo de construcción, la construcción de la vida de alguien, que según le cuentan coincide con la misma persona que es él actualmente, y esto no lo puede asegurar más que mediante la confianza en las personas de las que se rodeaba durante su niñez; debe creer y creerles. El recuerdo de la infancia se vuelve entonces un acto inspirado por la confianza. Es tan grande la incertidumbre que le proviene de este periodo que Agustín lo expresa metafóricamente como cubierto por tinieblas, que no le permiten visualizarse en primera persona; reconocerse a sí mismo. Se ve obligado a admitir que se avergüenza de tener que incluir aquel periodo de la infancia a su vida actual, pues realmente nada sabe con certidumbre.

Las dudas que aquejaron a Agustín no son livianas, por el contrario allanan el camino a preguntas aún más difíciles de abordar. ¿Hasta qué punto es fidedigno nuestro relato de la infancia? ¿Podemos afirmar realmente que conocemos nuestra infancia cuando toda la construcción que tenemos de ésta ha sido relatada en tercera persona, y no somos capaces de verificar realmente tal o cual cosa? Como el mismo Agustín dice, en referencia a sus deseos de expresarse,

“Poco a poco comencé a darme cuenta dónde estaba y a querer dar a conocer mis deseos a quienes me los podían satisfacer, aunque realmente no podía, porque aquéllos estaban dentro y éstos fuera, y por ningún sentido podían entrar en mi alma”

2007: 79

Esta frase solo nos conduce a nuevas preguntas, ¿Podemos fiarnos del relato que nos narran sobre nuestra propia vida aquellos que la viven desde fuera, como espectadores? Al parecer, al menos para Agustín, este problema se

encontraría sin solución. Aquello que podemos rescatar de nuestra infancia, con la ayuda de terceros, y que es la única forma en que algo podemos rescatar, siempre será una visión desde fuera. La imposibilidad de expresarse durante la infancia y mostrar lo que hay dentro del alma, paralela a la imposibilidad de terceros de penetrar en nuestras almas; de llegar a nuestra interioridad, hace imposible la construcción de un relato que abarque la complejidad y las aristas de nuestra vida. Parece ser que de nuestra infancia no conocemos, ni conoceremos, más que la punta del iceberg.

El problema de no recordar la infancia, para Agustín se extiende más allá del hecho de no poder tener un conocimiento fidedigno de su vida durante aquella época. Este problema alcanza una nueva dimensión cuando Agustín se pregunta acerca de la relación de la infancia con el pecado. Asumiendo su propia imposibilidad de recordar la infancia se pregunta entonces cómo podrá saber si durante aquel periodo de tiempo pecó.

“¿Quién me recordará el pecado de mi infancia, ya que nadie está delante de ti limpio de pecado, ni aun el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra? ¿Quién me lo recordará? ¿Acaso cualquier chiquito o párvulo de hoy, en quien veo lo que no recuerdo de mí?”

2007: 81

Como vemos con la anterior cita, de alguna manera Agustín responde a su pregunta y la reemplaza con una diferente. La duda ya no es si existe o no pecado en la infancia, la duda se responde: “Nadie está delante de ti limpio de pecado” (2007: 81). Al hacerse tal afirmación la pregunta se reemplaza: Si nadie está libre del pecado, ¿cuáles fueron los pecados de Agustín-niño? Y ¿de qué forma puede tener acceso al recuerdo de ellos?

Agustín, para recuperar el recuerdo del pecado se basa principalmente en la observación; ve lo que otros niños hacen y estima que aquello es un comportamiento general del cual él no fue ajeno, ni mucho menos se halló libre. Esto le basta para afirmar que él también pecó siendo niño, pues ve como los niños pecan. Pero, ¿qué es esto del pecado de los niños?

Para San Agustín la concepción del pecado infantil está íntimamente relacionada con el mundo adulto, tanto así que en repetidas ocasiones su forma de juzgar cuando algo es un pecado o no, es contrastándolo con la visión adulta del mismo. Dice,

“¿Y qué era en lo que yo entonces pecaba? ¿Acaso en desear con ansia el pecho llorando? Porque si ahora hiciera yo esto, no con el pecho, sino con la comida propia de mis años, deseándola con tal ansia, justamente fuera mofado y reprendido. Luego dignas eran de reprensión las cosas que hacía yo entonces”

2007: 81

Evidenciamos con la anterior cita la forma que tiene Agustín de juzgar el pecado de los niños. Para el Santo de Hipona es claro que si una actitud fuese indudablemente reprochable en los adultos, también debiese ser igual de reprochable para los niños, pues ambos estarían incurriendo en los mismos pecados. Sin embargo, es evidente que esto no es así. ¿Por qué entonces, se pregunta Agustín, hay más indulgencia con los pecados de los niños? ¿Por qué acciones que son tan mal vistas en los adultos, y que se consideran necesariamente dignas de un castigo, cuando son realizadas por niños son consideradas menores? Para Agustín la respuesta a esta dudosa actitud tiene que ver más con lo que viene posterior al pecado que con el pecado mismo. Esto significa que, si bien adultos y niños pueden llegar a cometer los mismos

pecados, o dicho de forma más precisa, un niño puede cometer acciones que a luz de la adultez son reprochables, la indulgencia a ellos se da porque no es posible que un infante comprenda que está siendo reprochado,

“Dignas eran de reprensión las cosas que hacía yo entonces; mas como no podía entender a quien me reprendiera, ni la costumbre ni la razón sufrían que se me reprendiese.”

2007: 81

De esta manera, queda claro que esta indulgencia a los pecados no es más que momentánea, se debe exclusivamente a que el adulto cree que hay una especie de periodo de imposibilidad comunicacional, donde por mucho que intente hacer entender al infante que está mal llorar por la comida, este no comprenderá lo que se le quiere enseñar, y continuará pecando. Pero es evidente que la principal razón por la que estos pecados se pasan por alto es que existe la esperanza de que desaparezcan con el tiempo, es decir, que a medida que el infante va creciendo, se espera que vaya a la vez eliminando tales comportamientos.

Esta muestra de los pecados de la infancia abre una dimensión de cuestionamientos en Agustín. Si ni en nuestra infancia estamos libres de los pecados, ¿Cuál es el lugar de la inocencia?

“Si yo fui concebido en iniquidad y me alimentó en pecados mi madre en su seno, ¿dónde, te suplico, Dios mío; dónde, Señor, yo, tu siervo, dónde o cuándo fui yo inocente?”

2007: 83

Agustín ve la inocencia, al parecer, como la ausencia del pecado, y esta visión de la inocencia nos permite concluir que durante nuestra vida terrenal no

podemos aspirar a tal estado. Pues ni la infancia, que usualmente se relaciona con la inocencia, está realmente exenta del pecado.

Para San Agustín la infancia es un tema profundo, misterioso y oscuro, afirma desconocer su propia infancia, y además también ve a ésta como una etapa perdida. La infancia para Agustín tiene un fin, un término claro, y este término es precisamente el uso de la palabra,

“¿no fue, acaso, caminando de la infancia hacia aquí como llegué a la puericia. ¿O, por mejor decir, vino ésta a mí y suplantó a la infancia, sin que aquélla se retirase; porque adónde podía ir? Con todo, dejó de existir, pues ya no era yo infante que no hablase, sino niño que hablaba”

2007: 84

Cuando San Agustín comienza a hablar sabe que la infancia ha llegado a su fin, y con ello, también los problemas que esta conlleva. Su vida deja de tener un carácter de recuerdo olvidado, y puede ahora hablar de las etapas siguientes con más propiedad y certeza. Sin embargo no deja de ser llamativa la pregunta de Agustín por el lugar actual de la infancia que hace en la anterior cita. Si la infancia es reemplazada por otra etapa, ¿qué pasa con esta? Agustín es bastante categórico al señalar que, si bien no podemos saber que sucede con la infancia una vez que se termina, si podemos afirmar que se termina. La infancia para Agustín comprende un periodo temporal que se habita y al cual no podemos acceder mediante el recuerdo, pues no tenemos recuerdos de este periodo, y como periodo temporal que es, está sujeto a las variaciones temporales, y por tanto, se acaba. La infancia se pierde y pasa a ser parte de un pasado. La infancia se vuelve no más que un vistazo hacia atrás en nuestras

vidas, “Pero he aquí que mi infancia hace tiempo que murió, pese a que yo vivo” (2007: 70).

ii. El presente del pasado; Coetzee

“La infancia, dice la Enciclopedia de los niños, es un tiempo de dicha inocente, que debe pasarse en los prados entre ranúnculos dorados y conejitos, o bien junto a una chimenea, absorto en la lectura de un cuento. Esta visión de la infancia le es completamente ajena. Nada de lo que experimenta en Worcester, ya sea en casa o en el colegio, lo lleva a pensar que la infancia sea otra cosa que un tiempo en el que se apretan los dientes y se aguanta.”

(Coetzee, 2013B: 25)

John Maxwell Coetzee es un escritor sudafricano de 74 años, ganador del premio Nobel de literatura en 2003. Es descendiente de afrikáners, quienes a su vez son descendientes de neerlandeses: holandeses, alemanes y franceses, que llegaron a parte de África a mediados del siglo XVII.

Coetzee es un hombre muy silencioso y calmado. Estas características no son solo una trivialidad, forman parte indiscutible de su esencia y pueden llegar a incomodar a quienes se encuentran cerca. Cuesta imaginar que estas singulares y marcadas características hayan trascendido desde la infancia. Cuesta imaginar a un niño-Coetzee, pues pareciera que ha rondado los sesenta años toda su vida.

*Infancia*, es a mi juicio, uno de sus libros más bellos. Constituye un laborioso trabajo autobiográfico sobre su infancia, tal como indica el título. *Infancia* es una autobiografía, pero podríamos decir que se encuentra novelizada, pues la ficción y la estética rondan en cada frase. El autor nunca aclara de qué edad está hablando, mas por algunas fechas que menciona,

podemos saber que el relato recorre su vida desde los cinco o seis años, hasta los trece.

La narración tiene comienzo con la descripción de cómo su madre le extirpa la membrana callosa a las gallinas que tienen en casa, él se siente estremecido por lo que ve, lo marca, y si bien durante su infancia consume carnes, durante su adultez se convierte en un ferviente vegetariano.

Uno de los momentos más fuertes de sus recuerdos tiene que ver con su madre. Su relación con ella es difícil; la quiere y la odia a la vez. Ella compra una bicicleta, lo cual extraña a la familia, ya que las mujeres no andan en bicicleta por donde ellos viven. Coetzee siente aquella bicicleta como un signo de libertad y liberación por parte de su madre de la prisión que significa su esposo. Coetzee se deja contagiar por las burlas de su padre hacia su madre, pero ella es fuerte y no se deja sobrepasar. La madre aprende a andar en bicicleta, mas nuestro autor solo puede ver tal hecho bajo la influencia de la mirada del padre. “En ese momento su corazón se vuelve contra ella. Esa noche él se une a las burlas del padre. Sabe la traición que eso significa. Ahora su madre está sola” (2013B: 17). Su madre, repentinamente abandona la bicicleta. Coetzee sabe que su madre fue derrotada, y promete compensárselo. Solo desea estar de lado de su madre, no alejarse de ella y ponerse contra el padre. Esta narración marca los tópicos que recorren toda su historia: Un profundo odio a su padre, un, para sí mismo, controversial apego a la madre, y el fuerte y angustiante sentimiento de culpa que invade cada pensamiento y acción de sus recuerdos.

Él es muy frío y distante con su madre. Sabe que se aleja cada vez más de ella, y pese a que es consciente, no puede hacer nada al respecto, y esto lo llena de dolor. Él sabe muy bien que no podría vivir sin ella. Coetzee cree que



su madre no es normal y la culpa a ella por no ser, él tampoco, un niño normal. Le perturba e incomoda el amor incondicional que su madre tiene por él y por su hermano. Desea que ella no lo quiera tanto como lo hace, pues siente la obligación de retribuirle ese amor, pero aquello es imposible para él. Cree que tiene una deuda de amor con su madre, y esto solo lo aleja más de ella.

Su vida es prácticamente secreta, guarda con un fuerte hermetismo aquello que le sucede y también lo que piensa y siente. Se preocupa principalmente de no tener que romper tal hermetismo, lo que implica un esfuerzo agotador por no crear situaciones, ni tener razones, que lo obliguen a revelar su vida a su familia. Entre sus esfuerzos está el de ser el mejor de la clase, para no tener que dar explicaciones de sus notas a su madre. También oculta que en la escuela le pegan a los estudiantes. Coetzee teme desesperadamente ser golpeado, ya que de ser así, viviría una vergüenza insoportable para él. Esto lo lleva a distanciarse del resto de sus compañeros, los que están acostumbrados a recibir palizas, tanto en casa como en el colegio. Siente resentimiento contra su madre por no pegarle y evitar que sea un niño normal. Le aqueja recibir el trato de su madre y no de su padre, el cual haría que llevara una vida normal; descalzo y golpeado, entre otras cosas. Pero a su vez, agradece a su madre el evitar la normalidad del padre, pues su miedo a ser golpeado y pasar por tal humillación es tan grande, que lo lleva a decidir suicidarse si debiese enfrentarlo.

En la escuela le hacen relatar en un ensayo su mañana antes de ir al colegio. Ve cómo, a diferencia del resto de los niños, su madre hace todo por él. Miente en el ensayo y lo descubren, pues describe mal la forma de embetunar los zapatos. Él se sabe mentiroso, pero no quiere cambiarlo. Si él ya no mintiera, no sería él mismo, y si no puede ser él mismo, entonces no valdría la pena vivir.

Cierta vez se oyen rumores acerca de que en Sudáfrica separaran a los niños afrikáners de los ingleses. Él, al tener apellido afrikáner, será llevado con ellos, algo que teme día a día. Esto lo lleva a pensar en un plan, por si el día llega: correrá donde su madre, pero si ella llega a traicionarlo, él se suicidará, pues si el mundo llegase a enterarse de su debilidad, no cree que valga la pena seguir viviendo.

La amenaza de la muerte se hace patente una y otra vez. Él no piensa en morir por que sí nada más, sin embargo su mente y vida siempre se encuentran al límite de situaciones que lo empujarían al suicidio. Coetzee es un niño que vive con mucho sentimiento cada momento de su vida. Se juega su propia vida en cada decisión que debe tomar y en cada forma de actuar. Para él todo es un asunto de vida o muerte.

En la escuela lo presionan para escoger una religión, y él afirma ser católico. Desea ser católico como Horacio, un héroe romano. En un sitio donde primaban los protestantes, es aislado de los demás. E incluso también por propios católicos lo aíslan, ya que él no asiste a catequesis. Pese a todo esto, se siente orgulloso de ser católico, principalmente porque eso implica no ser protestante. Se guarda para sí mismo el que ahora sea católico, y no cuenta nada de esto a su madre.

Además de ser católico, él apoya a los rusos y eso es también algo que nadie puede saber, ya que donde vive está mal apoyar a los rusos. Desde pequeño hacía dibujos de aviones y tanques rusos abatiendo a los norteamericanos. Escucha en la radio condenas contra los rusos, sabe que todos los odian, pero él se mantiene firme en su apoyo, principalmente para mantenerse leal a quien fue, cuando hizo esos dibujos. Su apoyo a los rusos

tiene orígenes similares a su catolicismo: a él le gustaba la sonoridad de la letra R, y al ser presionado por escoger un bando, eligió a los primeros.

La elección de los rusos es algo que le reprochan y lo hace sentir culpable, pareciera que siempre que escoge algo, falla. La solución que ve para dejar de ser considerado una persona extraña, es hablar menos: mantenerse en silencio. Si no habla, nadie sabrá que es católico y que le gustan los rusos. La infancia de Coetzee está marcada por el silencio, un silencio autoimpuesto, pero que le significa su única opción de defenderse de la vida. Su silencio le permite sobrevivir y sobrellevar la vida.

Coetzee- niño gusta de escuchar conversaciones políticas, y le gusta también la pasión con que se defienden los argumentos. Cuando escucha hablar a su padre, muy a su pesar se da cuenta que está de acuerdo con él. Le gustan las mismas cosas que al padre, pero no le gusta su padre. Coetzee conoce a su padre a los 5 años, ya que éste se encontraba en la guerra. Antes de que volviera de la guerra, el autor ya había decidido que él no le iba a gustar, y se mantiene firme en esa posición. Él no quiere tener padre.

Coetzee, con sus amigos juegan a contar su primer recuerdo de infancia. Él narra el recuerdo de un perro recién atropellado, mas ni siquiera está seguro de si ese es un recuerdo real. Existe otro primer recuerdo, del que sí está seguro, pero se avergüenza de contarlo: está en un autobús con un envoltorio de un dulce en su mano. Lo tiene en la ventana y tras preguntarle a su madre si lo suelta, lo hace.

“No deja de pensar en el trozo de papel, solo en aquella inmensidad, y en que él lo abandonó cuando no debería haberlo abandonado. Algún día tendrá que regresar a Swartberg Park para encontrarlo y rescatarlo. Es su obligación: no morirá antes de haberlo hecho.”

2013B: 44

Su padre encuentra trabajo en ciudad del Cabo y abandonan Worcester, donde él se crió. Él ingresa a una escuela católica, sin embargo extraña el colegio en Worcester, en el cual, si bien sufría mucho, siempre estaba expectante a que algo pasara; vivía con miedo a una golpiza, pero esto a su vez le era excitante. En ciudad del Cabo su vida se vuelve monótona y siente que pierde el tiempo. Además en la nueva escuela, hablan mal de los rusos y él se niega a creer lo que dicen. Ya no es el primero de la clase, sino que está detrás de un niño suizo, no le cuenta nada de esto a su madre, pero teme llegar a casa con sus notas y decirle que ya no es el primero. Cuando el niño suizo, muere, producto de una enfermedad, él nuevamente es el primero, mas el placer que había en ello, ha desaparecido. Coetzee siente que ya no es niño a los ojos de los demás, pero a los suyos propios, y a su pesar, lo sigue siendo.

El libro *Infancia* es un recopilatorio de memorias del niño-Coetzee, probablemente sean aquellos recuerdos que más lo marcaron para el resto de su vida, y podemos comprobar con solo verlo que esto fue así. El libro está escrito en tercera persona, de cierta forma el autor se aparta de sí mismo al hacer esto. De forma simbólica muestra que aquella infancia ya no le pertenece, quizás no hay razones para situarse desde ella. Narrar su propia vida en tercera persona parece ser un recordatorio de que aquello que se vivió ya no nos pertenece. Puede ser el pasado de otro, y aparentemente lo es. Sin embargo, el autor escribe desde el presente-pasado. No hace un vistazo hacia atrás, se sitúa en ese mismo pasado y lo vuelve presente. No hace un recuento de infancia, él vive nuevamente la infancia, y los dolores, miedos y alegrías, las revive en carne propia, las hace nacer en el presente. Sin embargo, aquello ya pasó y no hay nada que hacer. Contrario a lo que diría Gusdorf acerca de que una autobiografía es “la última oportunidad de volver a ganar lo que se ha perdido” (1991: 14).

Coetzee no quiere ganar lo ya perdido, no quiere reconciliarse ni justificarse, él solo narra y quizás desee hacer vivir su infancia una vez más, pero sin retorcala, ni interpretarla, ni pensarla, solo vivirla como se vive la vida.

iii. El repaso vívido de la infancia. Simone de Beauvoir

*Memorias de una joven formal* es el libro autobiográfico de la, entre otras cosas, filósofa francesa. Sus escritos constituyen una vasta obra política, social, y se destaca grandemente en el feminismo, donde es considerada una lectura prácticamente obligatoria.

El relato inicia en el nacimiento mismo de Simone. Es la primera hija de sus padres, ambos jóvenes. Mas pronto tendrá una pequeña hermana, de quien afirma no haber sentido celos por mucho tiempo, ya que descubre que es ella quien tiene a la pequeña, pero no la recién nacida quien la tiene a ella. Y también se considera más interesante que una bebé.

Recuerda con amor a sus cercanos en sus primeros años, su madre, su padre y Louise, la mujer que la cuidaba. Respeta a estas personas, constituyen todo lo que tiene el mundo para darle por ahora, y la guían, ayudan y acompañan a descubrir lo que la rodea. Pese a que siente un gran cariño por su padre, en realidad durante su infancia afirma no sentirlo importante. No lo siente parte de su vida, incluso pese a que gusta de pasar tiempo con él.

Simone vive con una intensidad excitante todo aquello que descubre del mundo: los colores y sabores son para ella un placer inigualable. Describe con detalle y exactitud su amor por los dulces y sus deseos frente a los colores de estos. Narra de forma prácticamente vívida la fascinación que esto le produce. Y es con esa misma fuerza e ímpetu que odiará las comidas regulares de su

hogar. Sentirá asco al borde del vómito, sus nauseas abrirán batallas campales para quienes debían alimentarla.

Su infancia fue cuidada, era una niña mimada y sobreprotegida. Sus padres y Louise le daban todo lo que quería. Simone disfrutaba de estos mimos. Gustaba de ser alabada entre los amigos de sus padres. Un sentimiento de genuino orgullo le hinchaba el pecho cuando alguien hablaba sobre ella.

Sin embargo, a medida que crece, las rabietas invaden sus formas de relacionarse con el mundo y con las personas que lo rodean.

“Creo que se explican en parte por una vitalidad fogosa y por un extremismo al cual nunca he renunciado del todo. Llevaba mis repugnancias hasta el vómito, mis deseos hasta la obsesión, un abismo separaba las cosas que me gustaban de las que no me gustaban”

1998, 15

Las rabietas se convierten en su forma de responder a aquello que considera injusto. Los adultos la subestiman y ella no conoce maneras de responderles. Desea hacer que las invisibles razones que le valen retos y castigos, se materialicen, y obliga a que esto suceda mediante la corporalización de sus enojos. Sus rabietas, pese a provocarles castigos, enorgullecen de cierta manera a los adultos, quienes hablan de ellas con un dejo de humor y las mencionan con entusiasmo, Simone se siente especial.

Mientras Simone crece, la única forma en que entenderá y representará el mundo, será bajo los conceptos de bien y mal. Busca donde encontrar el mal puro, para poder enfrentarlo, sin embargo no logra materializarlo. Por su parte, se esfuerza en que su alma sea buena y pura. Por esto se acerca íntimamente a la religión, le agrada principalmente porque siente que complace a su madre, y

no hay nada en el mundo que ella adore más, que tener el favor de su madre. Al acercarse la guerra, su padre se va al frente. Y ella y su madre trabajan arduamente tejiendo y visitando hospitales. Ella participa en colectas y dona sus dulces a los niños refugiados. Ve en Francia el bien, y en los alemanes solo puede ver maldad, los odia apasionadamente. Su odio por Alemania se convierte en un amor por Francia. En su casa desea eliminar todo rastro de aquellos malvados, y se deshace dramáticamente de las cosas *made in germany*, pisotea con rabia una muñeca con estas letras impresas, y no le importa que sea de su hermana. Ella siente parte de hacer el bien, destruir el mal.

Simone tiene grandes ansias de aprendizaje, le alegra la escuela, y siente importante para sí misma el saber leer y escribir. Es muy aplicada, lee mucho y aprende rápido sobre matemáticas y otras materias. La escuela le entrega un sentimiento de independencia, siente el poder de controlar su vida, sus horarios y el dinero que le darán de mesada. Ansió por mucho tiempo tener aquellas libertades y responsabilidades, y cuando las recibe, se siente feliz de poder demostrarse que puede cargar con ello. Y a la vez también demostrar y demostrarse que ha crecido. Apartarse de la infancia siempre fue importante para Simone. Ella no quiere ser vista como una niña pequeña, no quiere que los adultos sean condescendientes con su infancia y le faciliten las cosas. Ella quiere ser tratada como una persona mayor, y desmarcarse de cualquier proyección de infante que pueda dar a los demás.

*Memorias de una joven formal* constituye un relato de infancia enteramente descriptivo. Cada recuerdo traído al presente, es rememorado de manera precisa, exacta, evocando los sentimientos y sensaciones provocadas tal como si se estuviesen viviendo nuevamente. Simone relata cada momento mediado por su consciencia. Por su presente oculto en la voz del narrador

omnisciente, que todo lo sabe. Intenta dar explicaciones y justificaciones a cada acto de vida. Sus pataletas son más que pataletas, son un símbolo de lucha ante la injusticia de la que se ve víctima y presa.

En este relato absolutamente nada es al azar, los recuerdos rememorados son profundamente conocidos y explicados por la autora. Quien no muestra un preciso interés por demostrar nada mediante sus recuerdos, pero que al narrar pareciera querer darle un sentido más completo a su infancia. Simone no solo cuenta, ella quiere situarse más allá del espectador que solo ve lo que pasa. Simone quiere hacerse de nuevo niña y revivir toda experiencia desde sí misma. Quiere entender los porqué y los cómo, y los cuenta desde lo que ella cree que pueden significar. Pero ¿quién habla realmente? ¿Es Simone escribiendo o es Simone viviendo? ¿Podemos hacer realmente tal distinción?

Para Simone no existe ninguna separación ni distanciamiento entre su yo actual y su yo infante. Ella los vive, aparentemente, a la vez. El relato lo narran ambas, y las opiniones las dan ambas. Quizás se equivoque, quizás acierte, pero no puede separar en dos personas a su propia vida. Entonces al momento de escribir, en ella viven ambas Simones, y también experimenta ambas vidas; la vida de quien escribe, y la vida de lo que escribe.

~



La memoria es terriblemente frágil. No hace falta que un estudio nos lo diga, podemos comprobar en nuestras propias vidas como la memoria se diluye y se pierde, a veces vuelve, y luego vuelve a escapar. No podemos retenerla, nos rehuye cual ave que nunca será enjaulada. Sin embargo no podemos vivir sin ella. El progreso de la vida no sería imaginable en ausencia de tan caprichosa y maravillosa facultad. Acudimos a ella en busca de respuestas, no solo las respuestas intelectuales. Queremos, le exigimos, le suplicamos, que también responda por nuestras vidas.

Anhelamos saber quiénes somos, y quién podría culparnos de tan sincero deseo. Conocemos tan poco de nosotros y nosotras mismas que en cualquier instante podemos quedar perplejos ante una forma de reaccionar, un miedo desconocido, un sollozo fugitivo ante cierto olor que evoca un recuerdo. Y necesitamos, muchas veces, saber por qué, saber cómo, saber cuándo, saber dónde.

Despreciamos a nuestra prodigiosa memoria, por no ser tan prodigiosa como quisiéramos, y por no permitirnos ser más que una vida con borrones y espacios en blanco. Mas hay que tener cuidado con lo que deseamos. Quizás una vida llena de recuerdos que nos hagan tropezar a cada segundo y nos sujeten fuerte por la espalda mientras intentar avanzar, no sea realmente lo ideal para vivir la vida.

Algunos y algunas valientes se han atrevido a desafiar sus memorias, y a hacerlas vivir en el presente. Se esfuerzan por atraer con el máximo de detalles sus infancias. De plasmarlas en un papel y hacerlas volar al mundo. El espacio que abre una autobiografía es esencialmente íntimo. Una persona, que ha vivido penas y alegrías, orgullos y vergüenza, abre su vida al mundo. Sus recuerdos secretos y sus pensamientos más ocultos nos son revelados por la propia mano

de quien los vivió. No sabemos qué motivaciones tienen las personas para plasmar públicamente sus más preciados recuerdos. Ni mucho menos podemos pretender comprender la significación que tales palabras tienen. Los autores escriben, y al momento de escribir aquello ya no les pertenece más. Lo sacan de ellos y ellas mismas, lo liberan y se libera. Y sus vivencias hechas literatura quedan flotando en un mar de palabras sueltas, de ficciones y de verdades.

Las autobiografías son diferentes entre sí, varían enormemente las formas de narrar, lo que se narra, lo que se dice o no se dice sobre lo que se narra. Las autobiografías son diferentes quizás porque así de diferentes han sido nuestras vidas: únicas e irrepetibles cada una.

La infancia siempre se nos oculta, no parece querer mostrarse. Y esto nos deja un enorme vacío que no sabemos llenar. Pero seguimos viviendo, y seguiremos viviendo, aun cuando jamás sepamos qué fue lo primero que vimos al abrir los ojos, o que provocó nuestro primer llanto, o que sentimos la primera vez que el viento bailó sobre nuestra piel. Incluso tal vez debemos agradecer a la memoria el privarnos de estos recuerdos, pues nos da la sutil tarea de imaginarlos, de crearlos, recrearlos, y vivirlos siempre nuevos y distintos en nuestras mentes.

Cómo atrevernos a criticar o tachar de falsa una autobiografía en la cual se entremete la ficción. Quiénes somos nosotros y nosotras para permitirnos decretar cuál es la verdad de una vida que no nos pertenece y que no hemos vivido. Quiénes somos nosotros y nosotras para permitirnos decretar cuál es la verdad de nuestras vidas, una vida que creemos que nos pertenece, que se modifica a cada instante, que es producto de nuestras imaginaciones y realidades. Que se crea y se destruye a cada segundo que vivimos.

## **BIBLIOGRAFÍA**

**Agustín.** (2007) *Confesiones*. Madrid: Alianza Editorial.

**Agustín.** (1974) *Confesiones*. En *Obras de san Agustín II*. Madrid: BAC.

**Arfuch,** Leonor. (2010) *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

**Auster,** Paul. (2012) *La invención de la soledad*. Buenos Aires: Booket.

**Beauvoir,** Simone. (1998) *Memorias de una joven formal*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

**Bergson,** Henri. (1977) *Memoria y vida. Textos escogidos por Gilles Deleuze*. Madrid: Alianza.

**Bergson,** Henri. (2013) *Materia y memoria*. Buenos aires: Cactus.

**Coetzee,** John Maxwell. (2013) *Infancia*. Buenos Aires: Mondadori.

**De man,** Paul. (1991) *La autobiografía como desfiguración*. En Loureiro, Ángel (coordinador) *La autobiografía y sus problemas teóricos, estudios e investigación documenta*. Barcelona: Antropos. 1991, págs. 113-118.

**Freud,** Sigmund. (1936) *Psicopatología de la vida cotidiana*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla.

**Gusdorf,** Georges. (1991) *Condiciones y límites de la autobiografía*. En Loureiro, Ángel (coordinador) *La autobiografía y sus problemas teóricos, estudios e investigación documenta*. Barcelona: Antropos. 1991, págs. 9-18.

**Loureiro, Ángel.** (1991) *Problemas teóricos de la autobiografía*. En Loureiro, Ángel (coordinador) *La autobiografía y sus problemas teóricos, estudios e investigación documenta*. Barcelona: Antropos. 1991, págs. 2-8.

**Nietzsche, Friedrich.** (1932) *De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*. En *Obras completas, Vol. I. Escritos de juventud*. Madrid: Tecnos.

**Oyarzún, Luis.** (1940) *Infancia*. Santiago de Chile: Ediciones Revista Nueva.

**Oyarzún, Luis.** (1955) *Los días ocultos*. Santiago de Chile: Editorial Del Pacífico.

**Rabossi, Eduardo.** (1989) *Algunas reflexiones... a modo de prólogo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. En *Usos del olvido*. 1989, págs. 7-11.

**Ricoeur, Paul.** (2013) *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

**Sprinker, Michael.** (1991) *Ficciones del "yo": el final de la autobiografía*. En Loureiro, Ángel (coordinador) *La autobiografía y sus problemas teóricos, estudios e investigación documenta*. Barcelona: Antropos. 1991, págs. 118-128.

**Terushalmi, Yosef.** (1989) *Reflexiones sobre el olvido*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. En *Usos del olvido*. 1989, págs. 13-26.

**Terushalmi, Yosef.** (1989) *Reflexiones sobre el olvido*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. En *Usos del olvido*. 1989, págs. 13-26.